



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

Diego de TORRES VILLARROEL (2012), *Teatro breve I (obras profanas)*, Epicteto Díaz Navarro y Fernando Doménech Rico (eds.), Madrid - Frankfurt am Main, Iberoamericana - Vervuert (Teatro Breve Español, IV), 442 pp.



La obra profana de Diego de Torres Villarroel se une a la de Luis Vélez de Guevara, Antonio de Zamora y una historia del teatro breve como cuarto volumen de la colección «Teatro Breve Español», dirigida por Javier Huerta Calvo (uno de los más fervientes investigadores de la cuestión) y cuyo primer número vio la luz hace ahora diez años. Publicaciones como la que nos ocupa coadyuvan, sin lugar a dudas, al mejor y más efectivo conocimiento de esa realidad que fue el teatro breve en los años del Siglo de Oro o del setecientos, donde precisamente encuadramos a Torres Villarroel.

El desarrollo que en las últimas décadas han cosechado los estudios de teatro breve no solo queda constatado con los numerosos estudios y ediciones de textos, sino en la obtención de proyectos de investigación en competencia competitiva, como es el caso del marco al que se adscribe la publicación que reseñamos. El teatro breve (otrora llamado menor) goza, pues, de notable atractivo para los investigadores contemporáneos.

El análisis de piezas como las que estudian los editores del volumen (los profesores Epicteto Díaz Navarro, de la Universidad Complutense de Madrid, y Fernando Doménech Rico, de la Real Escuela Superior de Arte Dramático) supone la recuperación de un patrimonio alejado de la crítica durante años y un

mejor conocimiento de la evolución de la historia de la literatura, en este caso la dramática. Además, ambos investigadores se encargan de una de las figuras más destacadas en el panorama teatral del siglo XVIII, el salmantino Diego de Torres Villarroel, desconocido entre los críticos durante demasiado tiempo. Esta circunstancia, afortunadamente, se solventa.

La obra que nos presentan Epicteto Díaz y Fernando Doménech se compone de dos grandes bloques, INTRODUCCIÓN y TEXTOS, además de otros epígrafes de menor extensión pero de demostrable utilidad. Pasemos a describir con mayor profundidad cada una de las partes que integran el volumen.

La INTRODUCCIÓN comprende un exhaustivo y claro análisis progresivamente estructurado y distribuido de lo general a lo particular, lo que facilita su lectura y comprensión para el lector iniciado y para el menos avezado. A lo largo de las setenta y cuatro páginas por las que se extiende este apartado asistimos a la lectura de un estudio con tres partes fundamentales. La primera de ellas es «Vida y obras de Diego de Torres Villarroel» (pp. 13-21), un capítulo en el que no solo se facilitan datos biográficos y bibliográficos de nuestro autor, sino que se analizan en función de sus especificidades y de las principales aportaciones a la literatura, siendo una de las conclusiones que «en el caso de Torres no cabe duda de que estamos hablando de un escritor en el que la dimensión literaria es más significativa que la ensayística y científica» (p. 20).

«Torres Villarroel y el teatro» (pp. 21-38) es el segundo capítulo de la INTRODUCCIÓN, y en él se atiende a la relación que mantuvo el dramaturgo con el ambiente teatral (madrileño, sobre todo) de aquellos años del siglo XVIII. A pesar de las obras que estrenó Torres en el primer tercio del setecientos y de su participación en algunas polémicas con cómicas, se alejó de la escena por diversos motivos: entre otros, por un destierro. Pero la relación de Torres Villarroel con el teatro no finalizó, sino que evolucionó en la vida del dramaturgo hacia un teatro dirigido a un público más reducido, lo que le granjeó amistades con miembros de la nobleza, de lo que nuestro escritor se enorgullecía en sus escritos. La intervención de la Inquisición en la denuncia de su *Vida natural y católica*, su ordenación sacerdotal y la enfermedad que sufrió, además de cierto «hastío de la vida social» (p. 38), le alejaron de la vida en las tablas.

El apartado más importante lo constituye el «Análisis del teatro breve de Torres Villarroel» (pp. 38-76), en el que se abordan cuestiones varias, tanto externas como internas, de su producción teatral. Así, en primer lugar se centra en las distintas opiniones que sobre nuestro dramaturgo ha tenido la crítica, empezando por él mismo. En sus escritos, el salmantino afirmaba que algunos de sus versos ya no gozaban del favor del público. A pesar de que esta idea se ajustaba a la realidad, otras autocríticas que se hacía eran propias, como indican los editores del volumen, de tópicos retóricos. Con el paso del tiempo la crítica se debatía, casi con maniqueísmo, entre los que destacaban la obra de Torres (Hesse, Palacios Fernández o Sala Valldaura) y los que la veían con cierta lejanía (Cotarelo, Alborg o Mercadier).

El siguiente de los epígrafes es el que ofrece una sencilla clasificación del teatro breve de Torres Villarroel, y acertadamente dividen su producción en «introducciones», «intermedios» y «fines de fiesta», donde el segundo grupo presenta, a juicio de los editores, mayor dificultad por la «inestabilidad» en las denominaciones y por la variedad de contextos en los que pueden representarse.

Los géneros que cultiva nuestro dramaturgo también son objeto de estudio en el presente volumen, y particularmente intentan desentrañar la confusión genérica que Torres atribuyó a sus obras. Especialmente describen la diferencia entre «entremés» y «sainete»,

dos conceptos básicos para entender la evolución de este género de teatro breve en el siglo XVIII.

El resto de apartados de este tercer capítulo de la INTRODUCCIÓN están dedicados al análisis de las técnicas y de los elementos compositivos de este teatro de Torres. Así, nuestro dramaturgo pone en práctica varios elementos de la tradición entremesil —como el erotismo, la comida o lo grotesco— encaminados a reflejar «alegría carnavalesca» (p. 54). Pero la obra de Torres describe, además, cierto costumbrismo dramático que tendrá su mejor exponente en Ramón de la Cruz. Nos parece realmente interesante el estudio que realizan Epicteto Díaz y Fernando Doménech acerca de la inclusión del propio dramaturgo en sus obras, y no únicamente a través de un personaje con más o menos elementos de comicidad, sino mediante la figura de «director de escena», que dejaba para los ensayos ciertas cuestiones de representación que no insertaba en los textos a través, por ejemplo, de acotaciones. Otro de los elementos que describen los investigadores es la comicidad verbal en las obras de Torres, quien utilizaba el lenguaje para mostrar con mayor claridad el de los bobos, el del rústico, el del estudiante, el de los personajes del hampa o el de los extranjeros, constituyendo todos ellos un elemento de singular riqueza en el teatro breve de nuestro dramaturgo salmantino. En cuanto a cuestiones relativas a la puesta en escena, donde el papel de Torres Villarroel era fundamental, Díaz y Doménech explican que las obras escritas para casas particulares incluyen indicaciones más precisas que las obras breves, en las que se dividía la escena en «primer término, segundo término y foro» (p. 72) mediante cortinas. Un brevísimo epígrafe de conclusiones pone fin al capítulo, en el que se define el teatro de Torres como epígono del Barroco (con rasgos del entremés grotesco y carnavalesco) y como impulsor de nuevas fórmulas (como el costumbrismo) que triunfarán en los siguientes años, caso de Ramón de la Cruz.

Un capítulo aparte en la INTRODUCCIÓN lo constituye la «Noticia bibliográfica» (pp. 77-87), en la que se describen someramente los distintos testimonios de la obra de Torres (manuscritos, impresos, impresos no consultados y ediciones modernas) y las vicisitudes que experimentaron en la transmisión textual.

La edición de los TEXTOS constituye el segundo de los grandes bloques del volumen, y está basada en los *Juguetes de Talía*, ediciones de 1744 y 1752. Los dos investigadores persiguen tanto la divulgación de los textos (adaptan la ortografía a las convenciones actuales) como la transcripción pulcra (respetan, por ejemplo, la fonética en casos de especial relevancia, como los lenguajes propios de ciertos personajes). Tras la inclusión del prólogo de *Juguetes de Talía* de 1744 se ordenan las distintas obritas, clasificadas en dos grupos principales: «Obras incluidas en festejos teatrales completos» (pp. 95-279) y «Obras sueltas» (pp. 281-402). El primero de ellos contiene un total de once piezas de teatro breve con denominaciones muy dispares (tres introducciones, un entremés, un baile, un sainete entremesado, dos fines de fiesta, un sainete y baile, un intermedio y un sainete) encajadas en cuatro obras mayores, las cuales se llevaron a las tablas entre 1732 y 1740-1744. Se incluye, además, una dedicatoria. El segundo lo componen ocho obras: cinco sainetes, una fiesta, un fin de fiesta y baile y un diálogo, así llamados.

En todas las obras mayores —en el caso del primer grupo de textos— y piezas de teatro breve los editores incluyen una breve noticia que ofrece algunas notas de cada una de ellas. Se trata de explicaciones que dan información acerca de las fechas y lugares en las que fueron representadas. Además, la ajustada anotación de los textos resuelve dificultades léxicas, referencias literarias y socioliterarias y alusiones históricas.

Tras la edición textual se sitúan unos útiles «Registro de variantes» (pp. 403-408), con las diferencias que presentan las piezas precedentes en los distintos testimonios; «Métrica» (pp. 409-418), con su descripción en los distintos versos de las piezas; un

«Índice de personajes» (pp. 419-427), donde se analiza su recurrencia y significado, y los funcionales «Índice de notas» (pp. 429-436) y «Bibliografía» (pp. 437-442).

Díaz y Doménech nos presentan un volumen que se adscribe a la línea de la valoración positiva de Diego de Torres Villarroel y su teatro, en este caso, su teatro breve. El sesudo análisis (a la vez que útil y sencillo) y la recomendable edición de diecinueve obras del dramaturgo salmantino hacen de este libro una obra de referencia para los estudios literarios del teatro dieciochesco. Estos investigadores no solo resaltan un patrimonio que no gozó de muchos parabienes de la crítica a lo largo de los decenios, sino que dan a conocer, a través de los textos, «un mundo apenas estudiado y que, por lo que se puede intuir, tuvo enorme importancia en la cultura de la época: el del teatro en casas particulares» (p. 75). Por último, hay que destacar que estudian un eslabón dramático situado entre el entremés carnavalesco de corte barroca y el teatro breve costumbrista que se cultivó tras Torres Villarroel. Pero eso ya es otra historia.

Ismael LÓPEZ MARTÍN